

La niña de las burbujas [Dichato, 19.03.2010]

Ayer a la 1:55

Ivonne Coñuecar

Por estos días hay mucho humo en Dichato. Los escombros que se han logrado juntar en pequeños cerritos se incendian para limpiar la ciudad. Esa mañana me había ido con un grupo de voluntarios a desarmar una casa cerca de la playa. Mientras iba sacando escombros con la carretilla veo a una niña que camina hacia la playa, saco mi cámara y le hago un par de fotos. Me pareció tan bella esa imagen de ella haciendo sus burbujitas en esa zona de guerra, como si estuviera flotando, como si estuviera superpuesta en la imagen.

Poca gente me llama la atención. Suelo acercarme a poca gente por iniciativa propia, con Stefany fue magnético. Le pregunté por las burbujas y le dije si podía hacer algunas para una foto. Me dijo que andaba buscando juguetes. “Esto era una feria artesanal muuuy linda, entretenida, se llenaba de gente” –me contaba mientras buscaba algo que le sirviera. Recordé que mi grupo de voluntarios traía juguetes, le pregunté qué cosas le gustaban, me dijo leer...entonces sonreí y ella se agachó y tomó las tapas de una biblia. Le pregunté si le gustaba la biblia y me dijo que sí con mucho entusiasmo. Le conté que era el único libro que andaba trayendo, y que era un libro muy importante para mí porque mi papá me la había regalado a los 12 años y que era mucho tiempo porque ahora tengo 30. “mi mamá tiene 32” –dijo y luego me contó que su familia estaba bien, pero que habían perdido todo en el mar, que su casa se había ido *decentro decentro* del mar, allá lejos y que ella la había reconocido porque era de lata.

Le dije que tenía que volver a trabajar, que le podía conseguir un juguete en mi campamento, preguntó dónde estaba, le dije que lejos, saliendo hacia Tomé... le dije juntémonos en la tarde por tu juguete, y si no encuentro alguno, te doy mi biblia para que leas. Se alegró tanto que aplaudía y me miraba como si le estuvieran proponiendo lo más bello del mundo. Quedamos



de vernos a las 4.30 en los teléfonos (que son teléfonos gratuitos para que la gente llame donde quiera). Volví a mi carretilla y encontré una pelota de tenis, la limpié un poco: “Stefany, toma”, y se la tiré. “Nos vemos más tarde”.

Llegué al campamento a revisar los juguetes que habían y le pedí a la encargada uno para una amiguita. Elegí una muñeca.



Fotografía: Ivonne Coñuecar

Y también llevé mi biblia, se la regalaría de todas maneras. Voy con mi mochila, con esos zapatos de seguridad y con agua, muy pesada, me siento a esperarla y nada...le había dicho que la esperaba hasta las 5, me quedé hasta las 5.30 y nada. Aproveché de dar unas vueltas por si encontraba a Manuel, el niño que había conocido el viaje anterior, le había traído un regalito, pero tampoco nada. Regresé al campamento algo angustiada, de pronto

esa niña tan mágica era como la esperanza, el color, la vida. Ya Dichato no me parecía tanto una zona de guerra.

Vi pasar a la PDI con unos cuerpos. Fue el día que encontraron al último desaparecido de una lista que había, aunque aparecieron 3 cuerpos y vamos sumando crucigramas en esta tragedia. Pensé que quizás esa niña había sido un invento, una alucinación, porque desde ese paisaje pareciera que te puedes encontrar con todo; y fui a ver la lista de desaparecidos a la capilla. Pero nadie con su nombre.

Al día siguiente va una dirigente de un campamento a vernos, después del trabajo, hablamos y le pregunto por esta niña, Stefany, le muestro la foto y dice que la conoce. Como había una actividad al otro día quise ir e invitarla, para que jugara con los otros niños. Le pedí a nuestro amigo chofer que me llevara a buscarla y fuimos al otro día. El sector donde está ella, Villa Fresia, tiene el campamento más grande, fue una de las pocas poblaciones que no llevó la ola, pero eso ha generado que se aglomeren en torno a las casas de sus familiares y amigos. Pasamos por fuera del cuartel de bomberos, que es una carpa con un cartel de cartón que dice “cuartel de bomberos”, vemos las colas que se hacen cuando reparten comida y la gente que circula de un lado a otro. Me bajo de la micro, sigo algunas indicaciones y de pronto veo una niña con los brazos arriba que grita mi nombre y que viene corriendo. Era Stefany.

“Te vine a buscar” le dije, ¿en serio? y saltaba y me abrazaba. “No pude llegar el otro día, mi mamá me mandó a comprar pan, o sea, llegué como a las 6, porque igual me arranqué, le dije a mi mamá de ti, pero no me creyó. Te tengo un regalo” –me contaba con el aire atorado y como si me fuera a ir inmediatamente. Fuimos donde su mamá para pedirle permiso para ir a nuestro campamento. Me presenté y aproveché de llevarle algunas cosas que le servirían. De pronto viene Stefany con una maquinita para hacer burbujas de regalo para mí, me llené de niñez. Nos fuimos y me miraba como si fuera una especie de ídola, y yo le sonreía y le preguntaba cosas y le presenté al amigo chofer Deliro, al que conquistó al tiro con su “te llamas Deliro, como delirio?” y hacía un gesto con la mano.

Cuando llegamos no le interesó mucho estar con otros niños, así que nos quedamos hablando. Me contó de esa noche, que estaban bailando porque había una fiesta. Ella bailaba con su mamá y comenzó a temblar, pero nadie creía que fuera un temblor. Salió de la casa y sintió los movimientos, entró, fue a su pieza y se quedó encerrada, tuvo que salir por la ventana cuando terminó de moverse. Lo contaba con tal naturalidad que era increíble su temple. “Yo le decía a mi papá que no tuviera miedo”, así que sacamos a mi mamá, a mi hermanito y al perro. De pronto no queríamos mirar para atrás, pero yo miraba todo, esa noche había luna llena. Y caminamos al cerro, donde mis tíos. De pronto el mar se recooooge, lejos lejos, y viene rápido y se lo lleva todo. Has pasado por ahí donde está esa lancha en el plano? ahí estaba mi casa”.

Stefany se ganó la beca presidente de la republica el año pasado y se irá pronto a estudiar a Santiago porque en Dichato viven en una carpa en el cerro, las condiciones son precarias y su madre decidió mandarla donde una tía. Stefany quiere ser escritora y cuando alguien le dijo que yo escribía, fue como que le salieron chispas de los ojitos de felicidad. “Ahora que estamos en el campamento y está lleno de ropa por todos lados, agarro algunas cosas y me acuesto a ver las estrellas, y las miro, las miro y luego escribo y sueño. Me gustan las estrellas ¿te gustan a ti?” –pregunta. “Sí, mucho”, y la tomo de su carita haciéndole cariño.

Le dije que haríamos un ejercicio. Había llevado por encargo de una amiga, una carta de una niña con leucemia, que había escrito para mantener el contacto con un@ niñ@ de Dichato. Stefany le escribió la carta muy emocionada. Luego me dijo que le dolía el pie, tenía un esguince y una de mis compañeras de grupo se lo trató. Deliro, el amigo chofer, le buscó unos zapatos dentro de las cosas que llevamos y se los regaló. Stefany fue la regalona en poco tiempo de todos los que estábamos a esa hora en el campamento.

Como no encontré a mi amiguito Manuel, le di a ella el regalito que era para él. Al abrirlo y ver una pequeña radio con audífonos se sorprendió tanto que me abraza de nuevo y nos mira muy agradecida. La verdad es que casi lloro. Me costaba

creer que una niña después de haber vivido toda esa experiencia estuviera así de vivaz, entregando energías y colores. Luego me contó que pasada la tercera ola, cuando ya se había llevado todo, comienza a botar las cosas de vuelta, “como si estuviera vomitando, entonces miramos que ya no estaba nuestra casa, y nos fuimos por el cerro porque el camino estaba cerrado por los militares y llegamos a la carretera, hicimos dedo y fuimos donde mi tía a Santiago. Ahí teníamos miedo todos, incluso nuestro perro, porque es un pitbull y esa noche lloraba y lloraba y después lloraban todos los perros y de pronto el terremoto y él lloraba y quería esconderse. Yo no sabía lo que era un terremoto ni un maremoto porque no lo había vivido nunca”.

Le regalé mi biblia finalmente, le conté la historia de esa biblia, fechada el 92, cuando tenía doce, y me dijo “yo tengo la misma edad” y le dije que sí...y que cuando vuelva, que no sabía cuándo sería, le traería otros libros. Le dejé mi celular y mi correo para mantenernos en contacto. Me pidió que la agregara a facebook. Le dije que sí. Cuando la fuimos a dejar, la dejé en su carpa, me presentó a su papá –que estaba con la presión alta y acostado– no quise incomodar así que le dije que tenía una hija preciosa y me despedí de él con cariño. Afuera Stefany me dijo “te quiero mucho” y me abrazó como acurrucándose en mi hombro. La apreté con un abrazo gigante y nos despedimos con una enorme sonrisa, me fui con el pecho lleno de burbujas que explotaban dentro. Después de todo, Dichato aún tiene esperanza y alegría.